

Hace algunos años el 1º de Mayo -- que así se llamaba entonces y no Día del Trabajo, como ahora -- sólo era celebrado por los anarquistas y otra gente igualmente exaltada. Todos sabían cómo empezaba esa celebración, pero eran muy pocos los que sabían cómo terminaba (generalmente en las comisarias y juzgados del crimen). Las autoridades y la burguesía, especialmente ésta, veían en el día 1º de Mayo de todos los años algo así como el primer día de la revolución social. Debido a eso, no fué raro el día en que las fuerzas policiales fueron casi más numerosas que los manifestantes mismos.

Pocos días antes de la fausta fecha, se reunían aquí o allá los anarquistas y sus simpatizantes. Reunían un poco de dinero para imprimir proclamas y sacar algún número de un periódico revolucionario ("La Protesta", "La Batalla" u otro) y se nombraban los oradores: Fulano, por el gremio de carpinteros; Zutano, por el de albañiles; Perengano, por el de zapateros, etcétera. En las proclamas y en el periódico se hacían magníficos panegíricos de las víctimas de Chicago -- que en estos días de profusa democracia nadie recuerda ya -- y se pronosticaba a la sociedad capitalista ~~con~~ los más terribles cataclismos. La sola lectura de esas proclamas, distribuidas unos días antes del mitin, erizaba el cabello de los burgueses, los cuales, aterrorizados, recurrían a las autoridades.

Los obreros, entretanto, preparaban carteles con tremendos notes. Recuerdo aún el revuelo que se armó en Santiago cuando un joven paseó por el centro de la ciudad un cartel que ostentaba la siguiente frase: "El ejército es la escuela del crimen." Llegado el día, los oradores, frente a un público de trabajadores y de agentes de policía de civil y uniformados, se despachaban a su gusto; gritaban, amenazaban e incluso, algunos, más líricos, lloraban. Los espectadores, por su parte, no lo hacían menos mal: aplaudían, cantaban o rugían. A veces todo terminaba bien; otras,

no: asustados por algunas expresiones realmente violentas, los oficiales de policía ordenaban disolver el mitin; los obreros se oponían; venían los empujones, los puñetazos y los palos y todo terminaba frente a alguna comisaría o frente al edificio de la Sección de Investigaciones. Los jueces, más comprensivos, ponían en libertad a los revoltosos.

Lejanos y heroicos días. Hoy el 1º de Mayo es algo anodino y vulgar; es casi una fiesta burguesa y creo que no está lejano el día en que la fiesta del trabajo sólo sea celebrada por los que no trabajan.

Manuel Rojas

**CELICH UC**  
 Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©